JORGE HERNÁNDEZ CAMPOS

EL FARO

Pienso un faro
pienso
        intermitentemente
en un faro,
erguido en la tiniebla
        la cabeza
combusta de preguntas.

Pienso un faro carnífice
        dudoso
        flagelante,
que poseído azota
        con su haz
        de luz
la esponja de la noche.

Igual que el faro estoy
        harto de mal aceite
creyendo en faros
        que me pensarían
cuando debieran
estar pensando en sí
        atornillados
en su pétrea paciencia.

Por los tumbos
de la entintada mar
        martirizada
surcan navíos erráticos
        tal vez soñados
        seguro incomprensibles,
y habrá horizontes
        densos como peñascos
y luego el faro aquél
        ése de la zozobra
o éste de la pregunta
        extraviada.

Hoy se naufraga mucho
        ¿lo sabíamos?
luego, los náufragos
se iban sigilosos
        balanceándose
por el oleaje fusco.

Algo da vueltas
en un mismo lugar
        del pensamiento:
ya no te quiero luz
porque sólo proyectas
        intermitentemente
mi ceguera.

Tartamudo
        pero fosforescente
faro manco y ajeno
        te reconozco
pero también te observo
mientras deshaces con tus rotaduras
        la rosa
        tremorosa
de unos vientos
que no hinchan silbos
y no tañen gavias.

Desamparado por mi desconfianza
        faro
        mientras te pienso
te evoco a mi pesar
        y al evocarte
nado jadeante contra mis propias
        ondas
y te hundo te quiebro y me entumezco
contra el cristal de tu linterna sorda
        y creo entonces
que ese faro soy tú
erguido en la tiniebla
        un faro en soledad
        meditabundo.

2 de junio de 1990.